

SUMARIO

Una idea sobre los ascensos por elección, por J. A.—*A propósito de la supresión del generalato propuesta en Portugal*, por X.—*Artillería francesa pesada de campaña*, por J. F. H.—*La defensa de una plaza contra un ataque aéreo*.—*La caballería rusa*.

BIBLIOTECA

Pliegos 39, 40 y 41 de «Un año en el ejército italiano», por D. R. Marín del Campo.
Cubiertas de «Manual de la guerra de noche», por D. Antonio García Pérez, capitán profesor de la Academia de infantería.

Pliego 10 «De la resolución de los problemas de tiro sobre el campo de batalla».

UNA IDEA SOBRE LOS ASCENSOS POR ELECCION

El problema de los ascensos, siempre de actualidad y de interés en todos los ejércitos, es hoy el que priva y se antepone á cualquier otro. Y en verdad que está indisolublemente ligado con aquella satisfacción interior de que nos hablaban las ordenanzas y que de él depende en gran parte que encuentre solución otro problema no menos interesante: el del ascenso al y en el generalato, cabeza sin la qué es imposible exista un buen ejército.

En el fondo no se discute ni apasiona el que las recompensas sean tales ó cuales, ni que predomine lo honorífico ó ceda su puesto á lo utilitario; de lo que se trata es de si debe ascenderse por elección ó por antigüedad. Yendo á la teoría y á los precedentes extranjeros, podríamos escribir, y la verdad es que se han escrito, centenares y millares de páginas sin que de su lectura reportara el lector la menor utilidad, porque llegaría al final con las mismas dudas y vacilaciones que antes; sin contar que no hay ejército alguno que esté satisfecho del sistema de sus ascensos, fuera, claro está, de los favorecidos por la fortuna ó por el favor, siquiera una y otro tomen el aspecto del mérito y de la justicia.

El día en que se nos demuestre que nuestro ejército se encuentra en iguales condiciones que el francés, el alemán ú otro cualquiera, subscribiremos sin inconveniente los métodos imperantes en el ejército en cuestión; pero en tanto esto no suceda, á nada conduce citar precedentes y ejemplos.

En teoría no es discutible siquiera la cuestión: el mérito ha de abrirse paso y saltar por encima de las medianías y de la ineptitud. La práctica nos dice que no es el mérito precisamente el que salta, sino otra cosa algo diferente, acompañada casi siempre por la casualidad, que de este

modo se entroniza y gobierna y reina sobre millares de oficiales, afectando á sus intereses y ejerciendo un papel á menudo funesto sobre los mandos.

Mientras el valor, la osadía y el sufrimiento fueron las virtudes capitales del militar en campaña, relegándose la instrucción á segundo término, por hallarse en mantillas ó en embrión; mientras bastó el ejemplo personal para alcanzar la victoria frente á tropas irregulares y allegadizas sin que apenas gozara ningún papel la aptitud ni el talento, pudo pasar el ascenso por elección ó mérito de guerra, que llegó á prodigarse extraordinariamente. Pero ahora ya no es el valor el que resuelve las batallas, sino el entendimiento auxiliado por la abnegación y por un profundo espíritu de obediencia y de iniciativa á un tiempo; y como siguen aplicándose los métodos antiguos, resulta que á veces se da el caso de que ascienden, no los más capaces, sino los más afortunados, con gran perjuicio para los intereses legítimos de sus camaradas y para los generales de todo el ejército. De aquí la reacción que se ha despertado en favor de la escala cerrada en todo tiempo, y la supresión de los ascensos por méritos de campaña. Y no puede desconocerse que hay un gran fondo de razón en esas aspiraciones.

Por otra parte, es imposible el admitir que se cierren las escalas, con todos los graves inconvenientes que la medida llevaría aparejados. Se envejecerian las escalas y cuenta que las actuales no pecan de jóvenes, ni mucho menos, por desgracia; desaparecería el estímulo, vendría la paralización del esfuerzo personal, la obediencia se acercaría al servilismo y vería ausentarse la iniciativa, el mando se haría cada vez más caprichoso; en una palabra, el ejército vegetaría y se arrastraría lánguidamente sin que hubiera posibilidad de que figurasen á su cabeza los más capaces y mejor dotados.

Cuando la elección recae en un oficial de cualidades sobresalientes y excepcionales, nadie, aun los más acérrimos partidarios de la escala cerrada, tienen nada que objetar ni se muestran descontentos; de suerte que no es contra el sistema contra lo que se alzan muchos, sino contra la manera de aplicarlo; en otros términos, no son las ideas las malas, sino los hombres, verdad antiquísima y de todos los tiempos, pero que resulta siempre nueva y como si acabara de ser descubierta.

Si por medio de un plebiscito se pudiera consultar el parecer de todos los individuos de cada arma, no hay que dudar que aparecerían los nombres de unos cuantos militares á quienes sus compañeros, jefes y subordinados, creen dignos del ascenso por elección, de tal manera que si la fortuna llegara á señalarlos para saltar por encima de los demás, nadie encontraría mal ni tendría nada que decir sobre la propuesta; sin embargo, rarísimo es el caso de que uno de esos nombres, de reputación reconocida, figure entre los favorecidos. Unas veces es causa de ello, el or-

gullo innato al mérito verdadero, que le veda realizar ciertos actos insignificantes, pero que ejercen un capital y decisivo influjo en el porvenir de cada militar; otras veces son rivalidades, celos, del superior que no quiere ver el mérito de inferiores, ó envidias y disgusto de los compañeros; pero más generalmente es la suerte la que motiva esta preterición, dándose el caso de que si en un mismo hecho de armas toman parte oficiales eminentes y otros que no lo son, sean estos últimos los favorecidos y no los primeros, por la sencilla razón de que obrando los más capaces del modo que mejor conduce á la consecución del objetivo, sus hechos y actos parecen naturales y de sentido común, sin mérito alguno, mientras que otros llevados á cabo por medianías, adquieren gran relieve porque los interesados han tenido que suplir las inferiores dotes de capacidad, instrucción y mando con relación á los primeros, por medio de esfuerzos, que unas veces se traducen en efusión de sangre, otras en alardes de valor personal, cuando no en heridas ó contusiones, etc. El mérito encuentra fáciles todos los caminos, y el observador superficial cree que no tiene importancia lo que aquél realiza; lo dificultoso se presenta más á menudo á los desprovistos de cualidades sobresalientes, y como para vencerlo han de realizar esfuerzos mayores que los capaces, parece que contraen más méritos. Se comprende, por consiguiente, que en nuestras costumbres sea muy difícil que el verdadero mérito, el que poseen tres ó cuatro docenas de oficiales, quede inadvertido en campaña, y que al parecer los mejores oficiales sean los que menos se distinguen y sobresalgan en la guerra; y es que nos encontramos, para esos efectos, en los tiempos de la honda, de la lanza lo más.

Es verdad que la guerra es la única maestra del ejército, y que en la guerra reciben sanción los errores y los aciertos del que manda, cualquiera que sea su jerarquía; pero no es menos verdad que la guerra constituye un estado excepcional, y que en la paz es cuando un ejército debe prepararse para la guerra y que en los servicios de paz es cuando se ven y destacan los méritos y trabajos de los más de los oficiales. Prescindir de estos méritos y trabajos de la paz para premiar exclusivamente la conducta y los hechos de la guerra, conduce á resultados deplorables. El que ha trabajado con fe años y años, el que ha mandado con acierto compañías, batallones y regimientos; el que se ha preocupado de la instrucción, el que ha propuesto mejoras que la experiencia aprueba, el que consagra su vida y su alma enteras al ejército desde que salió oficial, se ven á menudo postergados por otros compañeros más indolentes, más adocenados, menos instruidos y capaces, pero que tienen la suerte en campaña de realizar algún acto distinguido, aunque sea á costa de un derramamiento innecesario de sangre.

Desde otro punto de vista, ¿tienen abierto el camino con igualdad todos los oficiales para demostrar sus condiciones frente al enemigo? ¿Será

destinado á operaciones todo el que lo solicite, y aunque se le destine se le pondrá en el mismo caso que el que cuente con el favor ó la amistad de un personaje? Ni en nuestro ejército ni en ningún otro, mientras los hombres no sean ángeles, ocurrirá tal cosa. De donde se infiere que el más capaz, el que más conciencia tenga de su valer, el que menos se doblegue, el más inflexible y más rígido, lo que equivale á decir, el que mayores condiciones de mando posea, será á la postre el menos favorecido y el que más difícilmente llegue á ocupar un puesto donde se pongan de relieve sus cualidades.

Se comprende, pues, que el sistema de ascensos por méritos de guerra se haya desacreditado en la práctica, ya que á pesar de tanta elección y de tanto mérito no hemos llegado á poseer un generalato sobresaliente, en el concepto moderno que tiene esta palabra. Y, no hay que dudarlo, siguiendo por este camino, nada hay que esperar de los esfuerzos que se realicen en pro de la instrucción, porque serán estériles y baldíos. Si la instrucción sólo conduce á vegetar y verse saltado por otros camaradas; si no sirve más que para el desarrollo de la cultura y cualidades personales, y no se la utiliza para el bien común; si las dotes de mando, que en los inferiores revisten casi siempre una forma de poca flexibilidad, de tenacidad poco agradable para el que manda, no han de ser aprovechadas, y todo se ha de fiar al albur, á la loca fortuna, ¿para qué laborar, sabiendo que es tiempo perdido el que se dedica al progreso del ejército y que de todas maneras no ha de conseguirse nunca recoger el fruto, ni se han de conquistar los puestos desde los cuales se puede influir eficazmente en la vida del ejército?

Tan ciertas son estas reflexiones, que vamos á ampliar las afirmaciones que antes hemos hecho con algunas más. De la misma manera que en tiempo de paz todos conocemos oficiales sobresalientes que conceptuamos dignos de llegar á los puestos más elevados, y cuyo encumbramiento sería mirado con aplauso por todos, es rarísimo el caso de que al terminar una campaña estén contestes todos los pareceres en el mérito contraído por los que han tenido la suerte de ser promovidos á un empleo superior. Salvo casos excepcionales, en tiempo de paz los más se reconocen inferiores á unos pocos, y en tiempo de guerra, los más no atribuyen esa superioridad á los ascendidos; siendo significativo el hecho de que cuando la fortuna favorece á uno de los distinguidos durante la paz, la opinión de sus compañeros hace una excepción en favor de él, le tributa justicia y aplaude el ascenso.

Esto, que es lo que acontece y que cualquier observador puede recoger si pulsa la opinión militar, es una solución, acaso la única, para resolver el problema, si no con caracteres definitivos, al menos hasta que se hayan implantado otros métodos y costumbres para recompensar los servicios en paz y en guerra, borrando lo arcaico de nuestra legislación sobre

la materia. El proyecto recientemente formulado satisface en gran parte las necesidades sentidas, pero cuesta mucho de desarraigar antiguas costumbres, por lo que es de temer que por el pronto no se obtengan los frutos apetecibles y que continuemos más ó menos tiempo siguiendo los hábitos que tanto han arraigado entre nosotros, aunque á disgusto de la mayoría, que á medida que eleva su instrucción, comprende y pone más de manifiesto los defectos de que adolece el ascenso por mérito de guerra con exclusión de todos los antecedentes. En esa exclusión está, precisamente, la suerte de unos pocos, y gracias á dicha exclusión reparte caprichosamente sus dones la veleidosa fortuna.

Por lo mismo que tienen más larga duración y exigen un trabajo más intenso y perseverante, los grandes servicios del tiempo de paz suelen ser más conocidos y permanecen más en la memoria que los fugaces del tiempo de guerra, aparte de algunos verdaderamente extraordinarios, que constituyen la excepción. Pero tampoco parece que debe posponerse la conducta observada por un militar en tiempo de guerra á la que ha guardado en plena paz, toda vez que para la guerra y sólo para la guerra ha de prepararse y laborar en todo tiempo y ocasión.

Tratando de coordinar todos los puntos de vista y atender cuanto es digno de mención, acaso fuera una solución del problema lo que se expone á continuación, reducido á líneas generales y sin entrar en el completo desarrollo de la idea en todos sus detalles.

En tiempo de paz se formaría, al fin de cada año, un cuadro de ascensos, en el que se incluirían los oficiales que verdaderamente se hubieran distinguido de un modo notorio, no sólo por sus trabajos extraordinarios, sino por el esmerado cumplimiento de sus deberes, dotes de mando, etc.; la lista tendría un límite máximo, por ejemplo, de un cincuenta avo del total de la escala para los capitanes, de un cuarenta avo para los comandantes, de un treinta y cinco avo para los tenientes coroneles y de un treinta avo para los coroneles; los tenientes ascenderían siempre por antigüedad hasta alcanzar el empleo de capitán. Los cuadros de ascenso se revisarían cada año, eliminando los nombres de los que por cualquier causa hubiesen dejado de ser merecedores de tal honor y agregando los de otros que se hubieran distinguido. El oficial que durante cinco años consecutivos figurara en los cuadros, sería declarado merecedor del ascenso, á condición de que llevara dos en su actual empleo, y mediante un examen más práctico que teórico, ante un tribunal que mereciera el respeto de todos, sería promovido al empleo inmediato al llegar al primer tercio de su escala, siempre que en aquel momento no le hubieran borrado de los cuadros de ascenso.

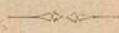
Si antes de llegar esta ocasión se declaraba alguna guerra, los oficiales incluidos en el cuadro tendrían derecho preferente para ser destinados á operaciones, en cargos precisamente donde pudieran poner de ma-

nifiesto sus cualidades y aptitudes; si alguno de ellos renunciaba al honor de ser destinado á campaña, se le borraría ipso facto del cuadro de ascensos; en el caso de que no hubiera destinos para todos, serían primero enviados los que llevarán más tiempo figurando en los cuadros, y á igualdad de tiempo los más antiguos en el empleo. Al término de la campaña ó antes, si así lo aconsejaba algún hecho extraordinario, serían promovidos al empleo inmediato todos los oficiales que figurasen en los cuadros de ascenso y hubieran llenado cumplidamente sus funciones, ó dicho de otra manera, los que hubiesen demostrado que frente al enemigo continuaban siendo oficiales distinguidos; sin necesidad de que llevasen á cabo actos extraordinarios, toda vez que el mero hecho de figurar en el cuadro de ascensos demostraría que no eran oficiales vulgares. El ascenso por mérito de guerra de los demás oficiales sería excepcional y concedido en muy contados casos, lo que se comprende teniendo en cuenta que tales oficiales deberían compensar en pocos meses el estado de inferioridad en que se encontrarían con respecto á sus compañeros del cuadro de ascensos que durante años enteros habrían sobresalido mucho sobre el nivel general.

Fundamentalmente, la idea se reduce á tener en cuenta los méritos del tiempo de paz para facilitar á los oficiales distinguidos la demostración de su valía en tiempo de guerra, concediéndoles entonces con preferencia los ascensos. Solamente en la hipótesis de un largo período de paz cabría el ascenso por elección, mediante las condiciones ya dichas de figurar cinco años en los cuadros, estar en el primer tercio de la escala y sujetarse á un examen.

Con esto creo que se habría dado un gran paso en pro del rejuvenecimiento de las escalas, se abriría camino al mérito con más garantías de acierto que ahora, se estimularían el estudio, el celo y la aplicación, y el oficial distinguido encontraría ocasiones para demostrar sus aptitudes en campaña, sin que se le antepusieran otros compañeros que tal vez con menos méritos podrían llegar á los primeros puestos. Por otra parte, se tendrían en cuenta á la vez los servicios de paz y de campaña, y se conseguiría también, si la era de la paz era demasiado prolongada, que escalasen los más elevados empleos los que más merecieran ocuparlos.

J. A.



A PROPÓSITO DE LA SUPRESIÓN DEL GENERALATO PROPUESTA EN PORTUGAL

El proyecto de ley de supresión del generalato, presentado al Parlamento portugués, preocupa, como es natural, á la opinión militar de aquel Estado, y aun á muchos hombres civiles que no han perdido la clara visión de la realidad.

La penuria económica, la necesidad de introducir economías á toda costa, se alega como razón principal para la pretendida supresión, rodeándola de otros argumentos que apenas merecen ser citados; pero se descubre al punto, sin que para ello haga falta gran perspicacia, que la supresión del generalato no obedece más que á motivos políticos. En la situación inestable en que se encuentra el régimen de aquel país, el ejército puede tener una influencia incontrastable, y claro es que las jerarquías más elevadas, por sus servicios anteriores, por su experiencia y natural prestigio, serían las que en un momento dado tendrían más facilidades para arrastrar á las tropas. Cercenando la cabeza, queda el ejército sin directores y á merced, lo mismo que el resto del país, de las personas entre quienes se repartan los beneficios de la gobernación del pueblo.

Se invoca el ejemplo de Suiza—que en todos aspectos está en un caso completamente diferente del de Portugal—; pero en realidad se mira á las repúblicas centro y sud-americanas, pletóricas en generales y en pronunciamientos y revoluciones. Los franceses, impulsados por iguales móviles que los lusitanos, suprimieron de hecho la categoría de mariscal, pero no se atrevieron á ir más lejos, porque el peligro alemán les obligó á anteponer su patriotismo á los intereses de bandería; con todo, para nadie es un secreto que cada día se hace más sensible en Francia la falta de una categoría superior á la de general de división, aunque ésta comprende en realidad dos empleos, tanto por el sueldo, como por los honores y el mando.

En todos los organismos del Estado, lo mismo que en las entidades y corporaciones colectivas, aunque se propongan un fin de carácter particular ó utilitario, son necesarias las jerarquías que permiten extender la dirección de uno solo en todos sentidos; y en el ejército más que en ninguno otro. Ni se comprende una sociedad mercantil ó compañía ferroviaria sin directores y subdirectores—llámense como se quieran—, ni la administración de justicia con sólo jueces, sin magistrados, etc., etc.

Cuanto tienda á disminuir la eficacia de un ejército, no deja de ser favorable para los países vecinos. Si en lugar de Portugal se tratase de Francia, la supresión del generalato nos favorecería en gran manera, porque acortaría las distancias entre el poderío militar nuestro y el de la república del N.

Pero con Portugal no acontece lo mismo, y no, precisamente, por ser aquella nación menos populosa que España, sino por otro motivo.

La alianza entre Portugal é Inglaterra coloca á la primera en un pie de inferioridad y dependencia, que si hasta hoy sólo se ha hecho patente en lo mercantil y económico, puede revelarse en lo militar en la ocasión menos esperada; y el día en que eso acontezca, le bastará á Inglaterra desembarcar media docena de regimientos y otra media docena de generales, para reunir en sus manos—sin que pueda considerarse lastimada la susceptibilidad portuguesa—la dirección de todas las fuerzas militares; será el ejército lusitano un mero ejecutor, el elemento pasivo de que se valdrán los generales británicos. Nos interesa mucho, por consiguiente, seguir con atención el proceso de las reformas militares que parece van á desenvolverse en Portugal, ya que, por los antecedentes de los últimos tiempos, no se procura fortalecer la defensa nacional, sino robustecer los elementos partidistas. A nosotros, como Potencia, nos conviene un ejército portugués fuerte y capaz; si se le debilita y anula el mando, tendremos que temer otro peligro que hasta el presente no existía.

Considerada doctrinalmente la cuestión, es indiscutible que todo mando de una agrupación orgánica de fuerzas requiere un empleo ó jerarquía particular. De esta suerte, las categorías del ejército debieran ser: dos de oficiales, capitanes y tenientes; dos de jefes, comandantes de batallón y de regimiento; y tres de generales, comandantes de brigada, división y cuerpo de ejército; con más la accidental ó temporal de jefe de ejército, que podría otorgarse como recompensa después de una campaña y con carácter permanente, ó nuevo empleo, á los generales distinguidos en el mando de ejército.

Esas son las categorías existentes en casi todos los ejércitos, y desde luego en los mejor organizados, con más los empleos de segundo teniente y comandante—substituido en Rusia y en algún otro país, por el de capitán de primera clase—, cuya creación se debe á la conveniencia de movilizar algo las escalas y conceder aumentos graduales de sueldo; á lo sumo, puede admitirse que dichos empleos de comandante y segundo teniente sean una preparación para ejercer inmediatos superiores, lo cual, á su vez, demanda que se les dé una duración fija y determinada, nunca larga (como se hace en España con los segundos tenientes) ó que se efectúen las promociones con celeridad (como se practica en Alemania con los comandantes).

Es un principio reconocido unánimemente que los mandos son más difíciles á medida que aumenta el efectivo de las tropas que se tienen á las órdenes; hasta el punto de que si todos los alumnos aprobados sirven para mandar una sección, y casi todos los tenientes ascendidos poseen capacidad y condiciones para ponerse al frente de una compañía, ya que no todos los capitanes tienen aptitud para mandar batallones, son aun

menos los jefes con cualidades para mandar regimientos, y muy en corto número los coroneles que merecen ser promovidos al generalato. De donde se infiere que—si ello fuera posible—habría menos inconvenientes en suprimir los tenientes que los jefes de batallón, ó los capitanes que los generales. En cualquier mecanismo son necesarios los engranajes que lo integran, pero cuando ese mecanismo está formado por el elemento hombre, la buena dirección, lo que se llama vulgarmente la cabeza, el generalato, en una palabra, es la que imprime el sello distintivo de fuerza ó de ineficacia á toda la colectividad.

Una condición, sin embargo, es menester para que el militar pueda revelar, primero, sus aptitudes para el mando que ejerce y para el empleo superior, y, luego, para que se mantenga constantemente en condiciones de dirigir con acierto la unidad á sus órdenes, y es que se le tenga siempre en el ejercicio pleno de sus funciones, ejercicio que, por lo ya dicho, es más necesario á medida que se eleva la jerarquía.

Puede admitirse que un ejército cuente en su seno con más tenientes y capitanes que las plazas de plantilla, y aun será este exceso conveniente, dentro de ciertos límites, porque permitirá el pronto reemplazo de las bajas en tiempo de guerra; no hay tampoco inconveniente, al contrario, en que haya más jefes de los necesarios, aunque no en tan grande proporción como en las escalas de oficiales; pero los generales no han de estar apartados de sus mandos, lo que impone limitar su número al de plazas orgánicas y un pequeño exceso más, de un 3 por 100 por ejemplo, para las eventualidades que pueden presentarse.

De esta limitación del número de generales á su supresión media un abismo, el que existe entre una medida aceptada, plausible y conveniente y una resolución disparatada que envuelve la ineficacia de todo el ejército.

El legislador, por otra parte, ha de tener muy en cuenta que cuando toma como móvil de sus iniciativas reformistas en el ejército algún objetivo de carácter político, por más que lo encubra, lleva, tal vez sin advertirlo, una perturbación política á ese mismo ejército. Solo los que á él pertenecemos sabemos que es un organismo muy delicado y quebradizo, del que apenas debe hablarse y al que no hay que tocar más que en lo de índole puramente profesional. Los franceses, no obstante su acreditado patriotismo y el amor profundo que sienten hacia el ejército, no han escapado de aquel peligro, y á menudo se observan chispazos que pueden convertirse en un incendio el día de la desgracia; ahora nos acecha el mismo enemigo por la frontera del oeste, y todo ello nos obliga todavía más á perseverar con ahinco en el camino emprendido por fortuna hace bastantes años, y del que estamos ya reportando los primeros frutos. No hemos llegado al período de la sazón, del pleno desenvolvimiento, pero nos acercamos á él y llegaremos sin obstáculos si sabemos continuar sin dejarnos influir por influencias exóticas.

ARTILLERÍA FRANCESA PESADA DE CAMPAÑA

Se compone esta artillería de 21 baterías de obuses Rimailho de 155 mm. contingente muy inferior al de la artillería análoga del ejército alemán.

A pesar de que hace tiempo ha sido adoptado el calibre medio para ciertas baterías de campaña, es curioso observar que no se ha generalizado aun en los tratadistas militares la convicción de ser necesaria la artillería pesada de campaña. Indudablemente ha influido mucho en la adopción de ella la guerra ruso-japonesa, en la que se demostró la insuficiencia en muchos casos de la artillería ligera de campaña, y la conveniencia de disponer de piezas que permitieran batir blancos y objetivos muy resistentes; pero bueno es advertir que aquella campaña tuvo caracteres muy especiales y que es difícil se presenten en una guerra europea; y que á los que se tiende indirectamente, aunque sin confesarlo, es que el ejército de campaña se baste á sí mismo en todos los casos y pueda vencer desde luego los obstáculos que se le presenten al efectuar una invasión, sin tener que esperar la llegada de trenes y parques de sitio ó de batir. A nuestro juicio, aunque se conserva la organización de esos trenes en su actual estado, se va en realidad á la transformación de la artillería con objeto de darle á toda ella las debidas condiciones de movilidad, evitando que se convierta en ningún caso en impedimenta. Se apela á razones de todas clases para justificar la adopción de calibres medios, tanto en morteros como en obuses, en la artillería de campaña; en el fondo no hay más que el deseo de incorporar al ejército de campaña ó de primera línea todos los elementos que constituyen la fuerza de la artillería. Claro es que se obtendrá una ventaja no despreciable, que permitirá ganar tiempo y dará más eficacia á las operaciones activas; pero ello se obtiene á costa de un aumento despreciable en los medios de transporte, y de una complicación importante en la composición normal de las unidades estratégicas y de las columnas de marcha. Se trata en resumen de un lujo que solo pueden permitirse los ejércitos que han resuelto ya otros muchos problemas más interesantes y que están amplia y abundantemente dotados de todos los elementos imaginables; pero sería aventurado que los demás países entrarán en una vía de esta naturaleza, que no podría menos de dificultar el rápido y acertado desenvolvimiento de los organismos y medios esenciales que constituyen la fuerza verdadera de un ejército.

Esto por lo que respecta al fondo del asunto. En la apariencia, la artillería pesada de campaña alemana obedece á otra necesidad; la de apoyar á la artillería ligera, y la de batir los abrigos fuertes y á prueba de los cañones ligeros.

A este propósito, conviene recordar sumariamente el nuevo concepto

de la artillería tal como se le presenta en el ejército alemán. La artillería de campaña ya no es ahora un elemento hasta cierto punto independiente de las demás armas y al que se confiaba la misión preliminar de acallar á la artillería enemiga, para dirigir luego sus fuegos contra la infantería. Se considera ahora como una mera prolongación de la infantería y se reputa necesario que la artillería se empeñe desde luego en fuego y apoye á su infantería, no vacilando con tal objeto en someterse al tiro enemigo aunque corra el riesgo de ser destruída por él. Según esto, se impone la existencia de otras baterías, que desempeñen respecto á las primeras el mismo objetivo que antes desempeñaba la artillería con respecto á la infantería. Es decir, que ahora, la infantería y la artillería ligera rompen el fuego contra los objetivos humanos, sin reparar en las pérdidas, siendo necesario que haya piezas especiales que las apoyen contra el tiro enemigo: de aquí la necesidad de las baterías pesadas. Pero extremando el argumento, podría objetarse que será igualmente indispensable que unas terceras baterías apoyen á las segundas, y así sucesivamente se llegaría á una cadena sin fin. Se busca la decisión rápida y violenta de los combates, lo que mueve á poner en la línea de fuego desde el primer momento todos, ó casi todos, los cañones disponibles; si el enemigo reserva para más adelante una gran parte de su artillería, corre la eventualidad de que no le sirva para nada cuando trate de utilizarla; y si pone en batería, como el ofensor, las más de sus piezas, se está en el mismo caso de otros tiempos, con la diferencia de haber variado más ó menos radicalmente el modo de empleo y la táctica de la artillería. En ninguna de las dos hipótesis hay para qué buscar el apoyo de nuevas piezas, y mucho menos considerando que siendo estas de tiro curvo su alcance eficaz es menor, por lo que en gran número de casos no podrán desempeñar el papel que se les quiere encomendar. Y si es verdad que con la entrada en línea desde el primer momento de la artillería de campaña se aumentan los peligros que esta corre, no es menos cierto que hoy las piezas gozan de la protección especial de los escudos, y pueden hacer más uso que antes de las posiciones cubiertas y ocultas. Por eso repetimos que á nuestro entender, el ejército alemán no ha tratado más, en realidad, que de incorporar al ejército de operaciones las piezas más indicadas para superar las plazas francesas de la frontera y abrirse camino sin necesidad de esperar á los trenes de sitio; en otros términos, ha dado á estos unas condiciones de movilidad y de facilidad de transporte de que carecían. Conserva, es verdad, los antiguos parques; pero es porque no obtendría ningún beneficio de arrinconarlos y desecharlos. Todo ello sin perjuicio, claro está, de que si en una batalla campal ó en el ataque de una posición ven los alemanes que les pueden resultar útiles los servicios de la artillería pesada, se valgan de ella del mejor modo posible.

Lo cierto es que los franceses, que en modo alguno quieren quedar re-

zagados con relación á sus vecinos del Este, y que en las continuas modificaciones y mejoras que introducen en su ejército no se inspiran mas que en la rivalidad alemana, han comenzado por organizar las mencionadas 21 baterías de obuses de 155 mm. y ya se están preocupando de elevar este número para que compita con la dotación de artillería de igual clase del ejército rival. Se comprende, pues, que al discutirse el presupuesto de la Guerra francés, se pidiera el aumento de la artillería pesada de campaña, alegando que la artillería francesa de campaña, apostada genaralmente al descubierto en un combate, estaría en pésimas condiciones frente á la artillería de fuego curvo alemana que disparase á cubierto y sin casi la posibilidad de ser alcanzada por su enemiga.

El obús Rimailho se estima demasiado pesado y por ende poco móvil, y se pide el estudio de otra pieza del mismo género, pero más ligera y de un calibre de 10 á 10,5 cm. que dispare un proyectil de unos 15 kilogramos. A cada cuerpo de ejército debería acompañar un grupo de cuatro baterías de cuatro obuses, necesitándose en total 84 baterías. Estas baterías formarían parte de la artillería del cuerpo de ejército. Pero los expresados calibres resultarían insuficientes para batir obras de tierra, muros etc., y en consecuencia se considera necesario adoptar otras piezas de mayor calibre, que estarían á las órdenes directas del comandante del ejército, pudiéndose admitir al efecto los actuales obuses Rimailho, y además un cañón que pudiera disparar los mismos proyectiles que el obús ligero de campaña, empleándose por lo pronto el tipo actual de cañones de 12 cm. En resumen, se proyecta en Francia constituir una artillería pesada de campaña con 21 baterías (42 piezas) de obuses de 155 mm. y 18 grupos de 3 baterías (de 4 piezas) de cañones; además, la artillería ligera formada por los obuses de 10 á 10,5 cm.

De esta suerte, después de las muchas tentativas y de haber agotado los más extremados argumentos para llegar á la unificación de la artillería de campaña, se pretende ahora de un golpe volver á la variedad de calibres y de piezas que tanto se criticó y tan acerbos censuras mereció, con razón; todo, por no tener presente cual ha sido el verdadero objetivo perseguido por la artillería alemana. Pongámonos en guardia contra las fantasías y exageraciones francesas, que más ó menos pronto harán su aparición en España, exponiéndonos á dar un paso atrás en el adelanto tan ansiado de nuestra artillería, que por lo mismo que está insuficientemente dotada y es escasa, está más expuesta que ninguna otra á padecer, si llegasen á prosperar aquí las ideas que comienzan á adquirir vida robusta en Francia. Una vez más tengamos en cuenta que el ejército francés no se prepara á la guerra en general, sino que se organiza mirando exclusivamente á la frontera del Este.

LA DEFENSA DE UNA PLAZA CONTRA UN ATAQUE AEREO

En la Revista de Artillería del ejército inglés, ha publicado no hace mucho el teniente J. W. Marsden, un esquemático artículo sobre este interesante asunto; no se propone el autor tratar ampliamente la cuestión y llegar á conclusiones definitivas, sino dar una especie de índice de los puntos que han de tenerse en cuenta, para conseguir más adelante una resolución definitiva, y entretanto fijar una orientación que sirva de base á las nuevas defensas. El artículo dice así:

Dividiremos nuestro trabajo en seis capítulos, ajustados en lo posible á los casos que han de presentarse en la realidad.

I.—Factores relacionados con los movimientos estratégicos de los beligerantes

Disposición de las fuerzas militares, navales y aéreas.

Distancias que pueden ser atravesadas por las flotillas aéreas.

Distancias á las plazas que pueden servir de base para la guerra aérea. Ha de computarse en esas distancias el viaje de retorno, teniendo en cuenta las variaciones con respecto á la ruta directa que impongan las condiciones metereológicas.

Altitudes á alcanzar.

Resistencia del organismo humano.

La topografía, metereología y recursos de la comarca que ha de ser recorrida por los beligerantes.

La jurisprudencia del aire. Objeciones legales á las operaciones aéreas sobre una área determinada. Deben ser estudiadas las objeciones posibles que formulen otras Potencias, y si la acción de éstas podrá hacerse sensible y cómo. Incluir la posibilidad de indemnizar las vidas y propiedades de los neutrales.

Dominio del mar y lugares donde los aparatos y personal podrán ser equipados para ulteriores vuelos.

Cooperación con las bases amigas y los puntos de apoyo estratégicos.

Aumento de las facilidades de comunicación, y posiblemente de transporte, alcanzadas por la locomoción aérea.

II.—Objetivos de los movimientos aéreos enemigos

Reconocimientos, incluyendo la observación del fuego conjuntamente con el ataque por mar y por tierra.

Ataque de: 1.º Personal y material de la defensa; 2.º Almacenes, depósitos, barcos, arsenales, á cuya defensa deben su existencia las fortalezas; 3.º La población civil.

Para alcanzar estos objetivos, el enemigo puede realizar: 1.º Maniobras aéreas no apoyadas; 2.º Maniobras aéreas apoyadas por mar ó por tierra.

III. — *Naturaleza de los mecanismos aéreos empleados por el enemigo*

Tipos de mecanismos empleados por las naciones extranjeras.

Ventajas y desventajas de: Dirigibles; aeroplanos, incluyendo hidropianos; globos, libres y cautivos; cometas.

Sus características en: peso, capacidad de pasajeros, estabilidad, radio de acción, rapidez, invulnerabilidad, facilidad de manejo, tiempo y distancia de vuelo, altitud, lanzamiento de proyectiles, y sus condiciones de seguridad en tiempo desfavorable.

El coste relativo de tales mecanismos. Sus medios de comunicación entre sí y con tierra.

IV.—*Medios favorables para el ataque*

Condiciones metereológicas del teatro de la guerra y de las localidades en que se encuentran las fortalezas.

Efecto de las nieblas y nubes bajas. Observación del fuego por aparatos establecidos en uno de los flancos ó claros de las nubes.

Vientos.

Probable tiempo de ataque en día y noche.

V. *Medios de defensa contra un ataque aéreo.*

Ofensiva-defensiva. Probablemente la primera línea de defensa consistirá en una flotilla aérea, apoyada por una segunda línea de defensa compuesta de artillería.

Papel de la flotilla aérea en la defensa: 1.º Reconocimiento; 2.º Ataque.

El equipo aéreo de la defensa se compone de: 1.º dirigibles; aeroplanos, incluso hidropianos; globos, cometas; torpedos aéreos y minas; aparatos para producir desequilibrios eléctricos y atmosféricos; bases: medios de producción del gas; medios de entretenimiento y reparación; lugares de aterrizaje en mar y tierra; locales á prueba para proteger los medios anteriores.

La composición y fuerza de las flotillas aéreas dependerá de las que tengan las que posean las demás naciones, llegándose á un tipo que ha de alcanzarse á toda costa.

Armamento anti-aéreo y accesorios, 1.º cañones; 2.º naturaleza de los mecanismos que permitan los grandes ángulos de elevación, amplio sector de tiro, fuego rápido y lateral y pequeño retroceso. Elevada velocidad inicial. Probablemente la mejor pieza será la que tenga un calibre de 10 á 12 centímetros. 2.º Proyectiles. Granada á propósito con espoleta que permita seguir el recorrido del proyectil. Eventualidades de causar daños al

ejército y al territorio amigos. Cuidadosa elección de las baterías para que no queden espacios aéreos muertos y resulten bien protegidos los depósitos.

Efectos de: Una granada shrapnel modificada; una granada eminentemente explosiva; una granada incendiaria, sobre el personal, material y estabilidad de la flotilla atacante.

Las tres clases de proyectiles han de ser efectivas contra los dirigibles. Para el ataque de los aeroplanos, los grandes explosivos dañarían la estabilidad y los shrapnel obrarían contra el personal. Una espoleta de percusión no haría sus efectos hasta que el proyectil hubiera atravesado la máquina, á menos de que el impacto fuera decisivo. La forma del shrapnel modificado ha de contener varillas de acero, ó alguna especie de bala de cadena, ó saetas explosivas ó bien otras armas movibles que estén unidas al proyectil.

Tal vez convendría adoptar espoletas de percusión contra los dirigibles y espoletas de tiempo contra los aeroplanos.

Cohetes.

Espoletas automáticas espías.

Efecto moral sobre el aviador.

3.º Situación de las baterías. Elección y preparación de las posiciones, considerando los puntos elevados en ó cerca de las fortalezas. Cureñas fijas ó móviles. Número de cañones por batería, agrupados ó individuales. Cureñas gemelas. Número total de cañones necesario para la defensa.

Alcance. Graduación de las espoletas.

Observación del fuego.

Táctica del fuego y esquema para la distribución del fuego.

4.º Apreciación de las distancias, exacta y rápida, en lo posible por un solo tipo de aparato. Apreciación horizontal, lo mismo que la distancia vertical.

Mira automática.

Corrección del tiro, lo que envolverá gran consumo de municiones. Rapidez del blanco y cantidad de fuego posible.

5.º Proyectores. Rayos concentrados ó dispersos. Area de iluminación y destellos de vigilancia. Alcance de los rayos luminosos en las diferentes condiciones atmosféricas. Situación para que no se alteren las condiciones de los barcos contra-torpedos.

6.º Fuego de infantería.

7.º Identificación y seguridad de los barcos amigos.

8.º Adaptación de los actuales medios de defensa á los equipos especiales.

VI. Protección

Locales á prueba.

Almacenaje subterráneo.

Necesidad de ocultar los trabajos de defensa, almacenes, etc, valiéndose de pinturas, cortinas, máscaras, vegetación, etc.

Dispersión de los trabajos de defensa, almacenes, etc.



LA CABALLERÍA RUSA

El mal resultado que dió la caballería rusa en la guerra contra Japón, hizo que el Ministerio se preocupara de remediar los defectos que aquella patentizó, y que se sintetizaban en el hecho de que era una infantería montada más que una caballería propiamente dicha.

Como consecuencia, se ha vuelto á restablecer la organización antigua en dragones, hulanos y húsares, y se tiende por todos los medios á extender la instrucción á caballo y en grandes unidades, aunque sin desatender el combate pie á tierra.

Consta la caballería rusa de 10 regimientos de la guardia, 26 de dragones, 27 de hulanos, 18 de húsares y 2 de guarda, más 988 sotnias ó escuadrones de cosacos: éstos últimos han sido aumentados en 73 sotnias, repartidas en todas las tropas del imperio, más en Asia que en Europa. La caballería se agrupa en 23 divisiones, constituídos por regla general por tres regimientos de caballería regular y uno de cosacos. Muchos de éstos últimos forman unidades independientes.

Los distintivos de las diferentes clases de caballería son muy poco diferentes entre sí. Se ha dotado á todos los regimientos de un uniforme de campaña, gris verdoso, siendo de notar que los cosacos vestirán en campaña casi el mismo uniforme que la caballería regular, pero conservando los bonetes de piel.

